

CHILOE: PRESENCIA VIVA DE LOS SERES MITICOS. SU EFECTO SOCIOLOGICO EN LAS COMUNIDADES (II)

por PEDRO RUBÉN AZÓCAR

La Pincoya

Unida a las playas y al mar, aun cuando fuertemente ligada a las tierras de cultivo, está la *Pincoya*, sembradora de mariscos a la que se pretende describir como una sirena. Tal confusión debe haberse originado —pues no puede considerarse como una variante del mito *Pincoya*— en la existencia del ser mítico *la serena*. Esta sirena que habita los arroyos o algunas lagunas, sería idéntica a la helénica, diferenciándose de ella sólo en la “e” de su nombre y en el hecho de ser unas veces morena y otras rubia. Las aguas que habita toman un color blanquecino, lechoso, y quien la ve muere antes del año.

La *Pincoya* sería como la describe el relato siguiente: A. N.R.R. (B-1). “*La Pincoya se viste con lamilla y es blanca y bonita —rubia—. Se alimenta de la linaza hervida y tiene dueño (un ser humano que dispone de los atributos del ser mítico y que puede darle órdenes que ella cumplirá) que le da de comer... Siembra los mariscos... a media vaciante y los brazos son como de persona y los pies igual*” —obsérvese el cambio de pronombre para indicar diferencias de conceptos entre persona normal y corriente y personaje mítico—. “*Su vestido es muy largo y no se le ven los pies. Después de sembrar los mariscos, a los días baja a la playa a ver sus mariscos con un canastito de lamilla y muy bien vestida, si que...*” —Pregunté por las formas del vestido—. “*Y la ropa —vestido— es ancha —amplia— usa zapatos bajos también de lamilla*”.

Ante nuevas preguntas (la narradora está hablando con mis hijas, una de ellas es compañera de curso), aparte de haber hablado sobre este ser mítico con diversas personas y haber roto por ello el tabú sobre nominación, agregó:

...“*Su pelo es rubio y muy largo... (Insiste en prolongar la pronunciación de la primera sílaba) ... es bien (muy, muchísimo, extraordinariamente) bajita y muy delgada. Cuando siembra los mariscos se coloca con la cara hacia la costa, y para traer peces con la cara hacia la mar (¿?).*” Esto último me parece agregado a la idea primaria de la narradora, probablemente por consultas a sus familiares y como consecuencia a preguntas formuladas en conversaciones anteriores. *Su marido se llama Pincoy*

y tienen una hija. Ella (la Pincoya) siempre se ve en la mar peinándose y él... el... Pincoy... se coloca al respaldo de ella... para apoyarla...”

Como recuerdo que la *Pincoya* se compraba, la narradora no era explícita en su relatar, se le pidió que consultara con los suyos en dónde podría adquirirse una. Su abuela materna, con quien vive, le expresó su “enojo”, disgusto, y le mandó no contar más sobre estas materias.

La estimación y las descripciones de este ser mítico son idénticas en los relatos de otros miembros de los grupos autóctonos de Apeche. La *Pincoya*, mitad pez y mitad mujer, tiene vigencia en los círculos de alto status de las áreas urbanas, como en Castro, en donde se la emplea como elemento decorativo o en representaciones teatrales, y se la describe con demasiada proximidad al personaje de la creencia helénica; ello demuestra la importancia asignada, en todos los círculos, a lo mítico. Que tales representaciones son un simple afán culteranista de determinados círculos, lo probaría, entre otras cosas, la representación efectuada en una velada bufa, presentada en Castro y con motivo del aniversario del Liceo¹ este año, durante la cual y como fin del espectáculo, desfilaron “todos los seres míticos del Archipiélago”, si hemos de dar crédito al locutor, en la cual se siguió la enumeración y descripción propuesta por don Evaristo Molina Herrera², excepto en lo que respecta a la *Pincoya*, concediéndose a lo nuestro la presencia del *Pincoy* como *apoyo* de aquella, la cual peinaba sus largos cabellos rubios. Muy diferente es, a mi entender, la proposición de don Bernardo Quintana Mansilla al nimbar de poética magia sus creaciones, como en su hermosa *Pincoya*, no por desnuda distante de lo nuestro³.

La función de la *Pincoya* —no puede incluirse en tal labor al *Pincoy*— es la de sembrar mariscos. Para ello debe solicitarse o al menos propiciarse su intervención. Se repite una leyenda sobre esto, referida a unos sesenta años atrás. Por las interrelaciones, tanto geográficas como etnográficas observables, me parece conveniente relatarla ahora, en lugar de transcribir otras descripciones sobre este ser, en todo semejantes a las ya anotadas.

En la puntilla de tierra llamada propiamente Apeche, vivió don Román “Azul”⁴. No he logrado de-

terminar con claridad si éste era su sobrenombre o su nombre propio; la falta de seguridad para testificarlo se explica al señalar que "tío Román Azul", por usar la designación constantemente utilizada y en la cual "tío" significa ancianidad, "era natural de por abajo" (del sur de Chiloé), conqui o chono, criado en "poder" de alguna familia pudiente de la cual tomó el apellido, y que no recuerdan con exactitud. He escrito "chonqui o chono" por aquello de natural "de por abajo", cuando en verdad puede referirse a cualquier grupo indígena de la zona de los canales, desde Guaitecas al sur, incluyendo los archipiélagos magallánicos o las islas de la costa continental. Pues bien, "tío Román Azul" era práctico en "componer" corrales de pesca; esto es, en hacerlos propicios por arte mágico, pero sin brujerías. En un pequeño plano próximo a su vivienda, ésta se levantaba junto a la línea de las altas mareas, sobre un antiguo conchal, como un palafito de pequeña altura, crece hasta hoy día uno de los más hermosos y mejor desarrollados chaumanes de la región⁵. Nuestro "chaumaneador" —por llamar con el término exacto otorgado a la función de propiciar corrales, redes o espineles de pesca en una época de escasez, tanto de papas como de "comestibles"⁶, habló con los pobladores del distrito para "tratar" una pincoya con quienes él sabía.

"Tratar" se usa por comprar y el uso del verbo saber parece indicar la aproximación de nuestro "chaumaneador" a quienes tienen tratos con los brujos, llamados "sabidores"; cuando se está o supone comprometido con alguien o con algunos en casos oscuros relacionados con seres, animales u objetos naturales, se habla de "sabedores", y se denomina "conocedores" a las personas mezcladas, real o supuestamente, con los brujos y aun a los brujos mismos. Sin embargo, hay una respuesta desdeñosa cuando se trata de determinar si nuestro personaje sabía o no de brujos y brujerías, la cual podría expresar temor a afirmar una verdad o, simplemente, el efectivo convencimiento de la ignorancia en tales materias de "tío Román Azul", pues nombrar a los brujos, como tales, no es tabú.

Bajo el prestigio del "chaumaneador" se llevó a efecto "la junta", reunión para tomar acuerdos y reunir fondos, en la cual se convino comprar una pincoya, cuyo cuidado y alimentación quedó a cargo de "Azul", para lo cual se le asignó una cuota por casa, esto es una cantidad determinada y proporcional por cada familia.

Podría pensarse que los probables vendedores del ser mítico fueron las gentes de Apiao⁷ quienes, constan-

temente, comerciaban con los apechinos, especialmente en vasijas y platos de "barro" (greda)⁸.

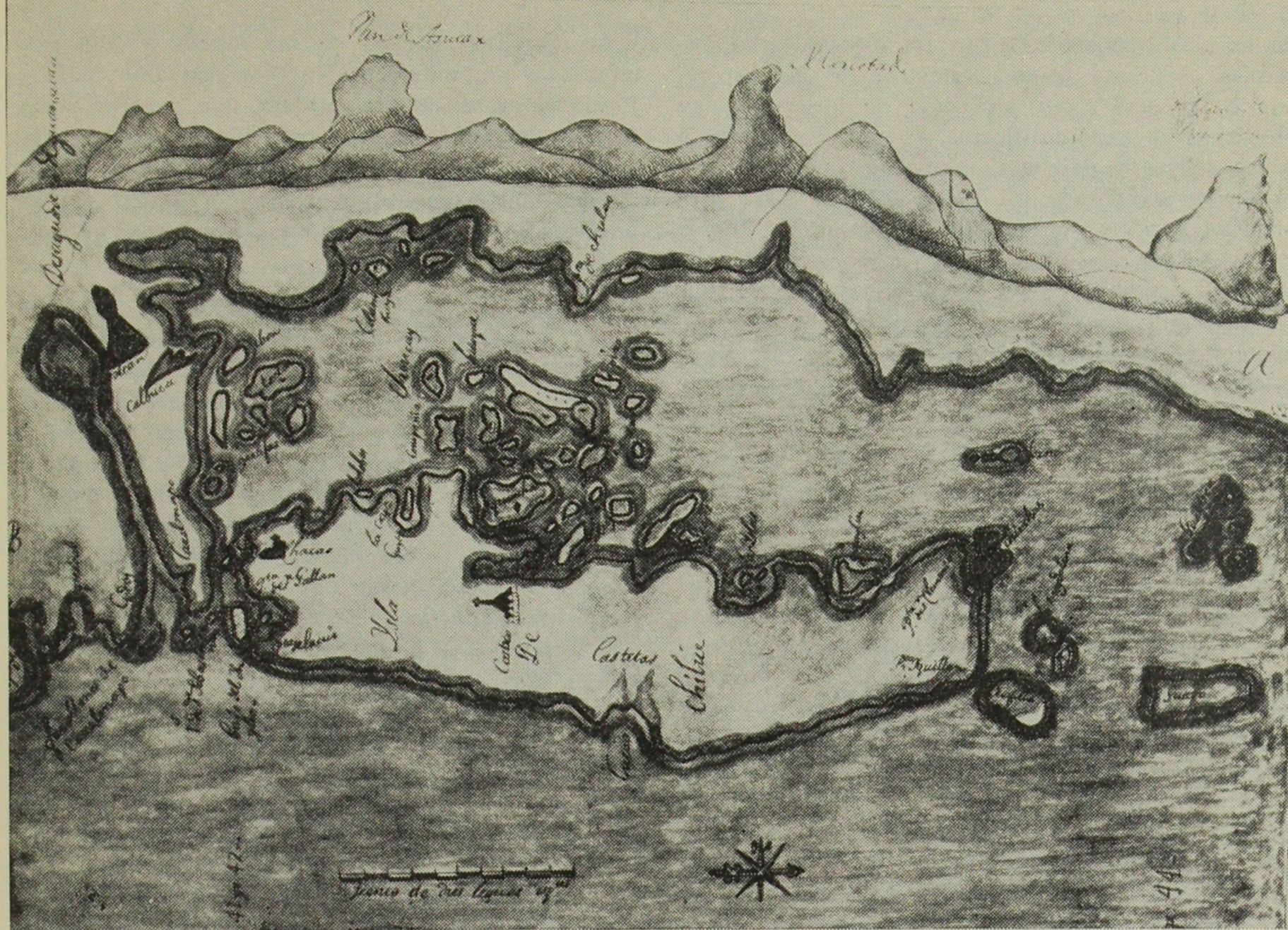
Todo ha de haber ocurrido como se relata, sin duda. Llama la atención, dada la claridad de los recuerdos, el pretendido olvidar si todo se llevó a efecto; esto es, si se adquirió tal pincoya, a quién le fue adquirida, si se efectuó alguna ceremonia al recibirla y, especialmente, cuál fue el final del asunto.

Creo en la necesidad de investigar a fondo esta tradición, por las posibilidades que podría ofrecer para determinar la posible inferencia de grupos extraterritoriales —Apiao es una curiosa isla muy distante de Apeche y sin necesidad aparente de comerciar o de intercambiar productos con los pobladores de este estuario— y cuál podría ser su alcance, en el proceso de adopción de variantes rituales, en la comunidad influida.

Señalo esto por la relativa frecuencia con que Apiao aparece, como referencia, no sólo en el área de lo mítico, sino también en los relatos sobre la brujería. Esta forma institucional, posible cofradía en donde se amalgamaría magia, religión y mitos, se estructuraría en torno a dos centros —cuevas con Revosoria o Mayoría—, los cuales controlarían territorios geográficos exactamente determinados⁹. Junto con ello, ofrece otros motivos de atención: forma grupo con Chau-linec y Alao, la casi totalidad de su población explota comercialmente la pesca; está ubicada, prácticamente, de manera equidistante de Chiloé Continental y diversos puntos de la Isla Grande y los archipiélagos interiores; en sus costas quedan aún vestigios de un antiguo corral de pesca construido con grandes piedras, y sus pobladores han sido los fenicios del archipiélago al dedicarse a comerciar sus "platos de barro", primitiva industria desplazada hoy y, tal vez, por desgracia olvidada en cuanto a su técnica de manufacturación¹⁰.

Con respecto a la Pincoya deben señalarse dos detalles: a) se la hace "vivir en una casita de quilas". Esto significa que se le asigna como habitación, para cuando no está en la playa, un refugio bajo algún quilantal próximo a la costa. Son unos cobijos pulcramente dispuestos, formados naturalmente quizás, en los cuales el techo y las paredes están formados por un tupido entrevero de varillas de quilantal, mientras que el suelo aparece cubierto por hojas secas de la planta. Cuando encontrábamos alguno, nosotros decíamos que eran "nidos de venado"¹¹, queriendo significar con ello el escondrijo de la hembra de este animalito durante la época de la parición. Resulta curioso anotar que, efectivamente, producen una real sensación de servir de albergue. Y b) como posible variante a la proposición del relato ya transcrito, con respecto a la alimentación, se pro-

La Provincia de Chiloé en el Reyno de Chili
Propia para fabricar navios de guerra y sus maderas



Mapa de Chiloé efectuado en el siglo XVIII. (De "Atlas de Chile colonial", de J. T. Medina, editado por el Instituto Geográfico Militar)

pone ofrecerle el alimento (B-5, mestizo, casado, nueve hijos, lee y escribe, posee radio portátil), regando las semillas de lino en la playa. Textualmente: *Se le deja regadita en la playa la linaza.*

Ahora bien, poco antes de los sismos de mayo de 1960, el azar de una caminata me llevó a encontrarme en medio de una curiosa procesión, formada por pobladores del subsector denominado Pilque entre nosotros para los fines de administración escolar. La procesión era encabezada por dos mujeres y una niña pequeña entre ambas, mientras cuatro hombres armados o distinguidos por sendos bastones de color claro flanqueaban al grupo de gentes de todas las edades.

Los bastones aquellos lucían blanquecinos o plateados, y en la semioscuridad del anochecer me parecieron hechos de canelo recién cortado. Las mujeres, extrañas al lugar, iban vestidas de fiesta y la pequeña, de unos cinco años de edad, vestía de color claro. Nada más se observaba en cuanto a ceremo-

nial, excepto el silencio de rechazo a mi salutación tradicional, aun cuando reconocí a varios de los participantes, de los cuales sólo uno respondió a mi saludo.

Tal desfile y su significación fue, por algún tiempo, un misterio. Interrogados sobre el asunto no se obtenía otra respuesta que: "queríamos armar un corral de pesca..."¹². Intuía, que la pequeña representaba a la Pincoya y que los integrantes de la procesión trataban de propiciar el beneficio de las playas de su sector —en las cuales los mariscos escasean cada día más— según establece la bondadosa fantasía insular.

Las rivalidades existentes entre los núcleos vecinos en Pilque, allí funciona y existe el núcleo denominado naturales endogámicos mejor estructurado, han permitido conocer, por referencias de exogámicos, lo siguiente sobre dicha ceremonia:

A) A.C.C., individuo de unos treinta y cinco años, casado y a quien todos los hijos se le mueren apenas

de nacidos, tartamudo y con un defecto facial impreciso, sindicado como "secretario de los brujos" o "de la cueva", con una serie de historias sobre obtención no legal de dineros de sus vecinos, reunió a sus amigos y parientes, excluyendo a quienes no lo son y acentuando así las rivalidades, para proponerles sembrar mariscos en las playas de Pilque. B) Acordado esto, contrató en Compu¹³, estuario vecino y paralelo al de Paildad, a dos mujeres "entendidas" en este arte, quienes dirigieron la ceremonia y eran las escoltas de la pequeña. De paso, deberé señalar que la mujer de A.C.C. sabe cantar a las redes de pesca cuando la faena no rinde lo satisfactorio.

(C Los bastones plateados eran "hualatos" hechos de "mechay"¹⁴, de una sola pieza, para obtener los cuales basta arrancar un gancho del arbusto con su correspondiente raíz y descascararlo. Con tales gualatos, previo un desfile en torno del lugar destinado en la playa para tal siembra, hombres y mujeres "revolvieron el barro" —el suelo de esa playa es una mezcla de arena y sedimentos de acarreo— para hacer, en seguida, una suerte de melgas o de camellones, dándose así por finalizada la ceremonia, según mis informantes.

Obviamente faltan en estas descripciones, por haber sido hechas por los participantes, los aspectos anteriores y posteriores a la ceremonia misma, como por ejemplo, el sistema para distribuir los cargos —portadores de las gualatos simbólicos, por ejemplo— o forma ritual para designar a la presunta representante del ser mítico, pues no se puede afirmar categóricamente que la niña vestida de colores claros representaba a la Pincoya, o el final, necesario a las costumbres y previo a la dispersión de los participantes.

Para los vecinos de Pilque, el asunto rindió los frutos esperados; hubo mariscos, aun cuando sólo por un breve tiempo.

Ahora bien, puede estimarse la actividad mímica del sembrar, semejante en general a una siembra de papas normal, más próxima a la magia que a lo mítico. La reproducción, fuere activa, fuere plástica, de una acción realizable y realizada corrientemente en el plano natural, estaría expresando un conjuro mágico, antes que una ceremonia perteneciente al ritual mítico o místico o religioso. Por otra parte, dicho queda que la Pincoya, y ello podría explicar en cierta medida su pluricidad, puede ser adquirida, proposición más acorde, en términos generales, con lo que podemos estimar apreciación de lo mítico en nuestra realidad humana. Estas reproducciones mímicas, además, aparecen incorpo-

radas al ritual mágico de los pueblos y han sido estudiadas profundamente en la región araucana¹⁵. Puede agregarse, a este respecto, que para propiciar la pesca con redes existe la tradición de cantarles una suerte de melopea, en la cual prácticamente se imita el bufar de los lobos marinos, cantar que es propiedad de entendidos en esa materia, generalmente mujeres¹⁶.

Entre las tradiciones relacionadas con la Pincoya deben anotarse, por sus probables relaciones con apreciaciones no por subjetivas menos compulsivas, expresadas además en la acción social con cierta violencia, el "enojo" que produce el hecho de cruzar a caballo las playas ricas en mariscos, y la creencia en la gordura de los erizos de mar cuando el mechay ha florecido. Este enojo se debe a la supuesta acción del fierro, las herraduras en este caso, que haría "perdersé" (desaparecer), a los mariscos. ¿Cuál es la relación supuesta entre mechay, Pincoya y erizos? Con referencia al primer punto debo señalar la verdadera fascinación que, hasta hoy, ejerce el hierro sobre indígenas y mestizos. Tan fuerte es, que son incapaces de resistir la tentación de guardarse, hurtándolos en verdad, algunos clavos, una herradura, cualquier objeto inútil, aun ante el riesgo de una sanción social o legal. Esta actitud concuerda con lo observado por Emperaire. *Los Nómades del Mar*, entre los alacalufes o, yendo más atrás en el tiempo y mucho más lejos en el espacio, con lo observado por Darwin entre los fueguinos del canal Beagle, a uno de los cuales ofreció un clavo y, curiosa actitud en individuos desconocedores del comercio, recibió dos pescados, a mi entender, como obsequio para manifestar reconocimiento por lo recibido. La actitud de los mariscadores accidentales o vecinos a las playas que se cruzan a caballo es de resuelta sanción y llega a la amenaza personal, luego de algunos insultos.

La pregunta aquí es: ¿rechaza la Pincoya a los extranjeros dueños del hierro, tan caro a los "naturales"? ¿No será esta fascinación del metal una motivación categórica, un aliciente efectivo, para los largos viajes con vistas a "raquear" algún barco naufrago?

La asociación del mechay con la siembra de mariscos y su floración como índice de la gordura de los erizos de mar, también es curiosa, pues en Paildad nadie consume tan sabrosos bocados. Cuando han pretendido hacerlo, se me crea o no, pues los han echado a una olla para cocerlos con espinas y todos. Y sin embargo, los descendientes de los canoeros, que algún vestigio debieron dejar aquí, si hemos de estar de acuerdo con *El derrotero de los indios*

canoeros de Meighan, del archipiélago de Chonos, parecen haber sentido clara predilección por los erizos¹⁷.

Si atendemos al vestido de la Pincoya, deberemos recordar la importancia de la "lamilla" en la agricultura de las zonas ribereñas. Esta alga, en determinadas épocas, es arrojada por la resaca en apreciable cantidad; entonces se la recoge y acarrea hasta el predio en donde se va a sembrar, amontonándola para usarla como fertilizante, altamente apreciado, llegado el caso. Normalmente es verde, finísima y casi transparente; seca se torna opaca, quebradiza y blanca. Como la Pincoya podría propiciar o no la abundancia de peces y mariscos, ¿no resulta consecuente vestirla con un elemento cambiante y estimado en una agricultura incipiente, o el motivo para tal ropaje está en la existencia de mariscos vivos —especialmente quilmahues— en los montones de esta alga arrastrados hasta el interior de los estuarios por las mareas? Pudo suponerse una función protectora a la lamilla durante la época del desove de peces y moluscos, fundando en esta observación el valor atribuido al vestido, tal como el canastito, que no puede naturalmente ser tejido dada la consistencia de la lamilla, serviría de tabernáculo para la siembra y aun para el principio vital. Recordemos que este ser mítico tiene una *hija*, continuadora de su función, aun cuando nada he recogido sobre *hijos* o *hijo*. Asimismo, el Pincoy cumple sólo funciones accesorias, menores, hasta donde sabemos, al menos en la esfera ceremonial —incluso parecería excluido de la siembra de mariscos descrita—, siendo sin embargo, simbólicamente importante la necesidad de la Pincoya de apoyarse en él, cuando se la ve peinando sus largos cabellos rubios cerca de las aguas.

En este peinarse acompañada de su consorte podría subyacer una expresión ritual olvidada. El erotismo implícito en el peinarse, o peinar la cabellera del o de la amante, puede aceptarse en una serie de relatos corrientes en una amplia área geográfica. Por otra parte, el pelo representa un elemento empleadísimo en los conjuros mágicos tendientes a "ligar" al ser amado o deseado con quien ejecuta el conjuro¹⁸. Y aun el simbolismo de los complicados tocados iniciáticos perdura en algunas ceremonias de la Iglesia Católica, como en el cortar de las trenzas de las novicias o la tonsura clerical.

Tan curioso como este aspecto es la insistencia en señalar que "no se le ven los pies". Tal expresión no falta en ningún relato y recordando a Herrera Molina¹⁹ y la suposición de que pudiera significar Pincoya Reina del Mar, se asociaría tal insistencia en este no verle los pies, pues los indios "chunchos"

del Perú serían —hasta donde llegan los informes a mi disposición— los únicos indígenas cuya vestimenta cubre los pies y no usan sombrero u otro tocado, excepto una cinta en torno a la cabeza. Por otra parte, en los pueblos antiguos, tanto de oriente como de occidente, resulta difícilísimo por lo excepcional del caso, encontrar representaciones de dioses, diosas, ídolos, reyes o antepasados míticos, etc., a los cuales no se les vean los pies. No puede concluirse de esto un origen incásico para la Pincoya²⁰, sin perjuicio de tal posibilidad, pues es posible explicar ese detalle de otras maneras; por ejemplo, el no verle los pies podría significar la posibilidad de desplazamiento sin caminar o sin dejar huellas en el blando suelo de las playas. Anoto lo anterior, recordando la manera de terminar con los brujos con sólo pisar sus huellas en sentido contrario a la impronta de los pies de éste dejadas en el suelo. O aún, podría explicarse como el recuerdo de sorprendentes individuos vestidos, cosa contraria a la desnudez característica de los grupos étnicos de esta parte de la tierra.

El problema propuesto por un ser mítico que se alimenta, por exclusivo que fuere este alimentarse, de un producto vegetal cultivado con fines utilitarios —la linaza se mezcla con el trigo tostado para molerlos juntos y obtener una harina de calidad superior— perfectamente natural y no destinado a prácticas mágicas o rituales, es mucho más complejo. Sin duda no faltan referencias a los alimentos consumidos por dioses y semidioses en el folklore y en la mitología universal —desde productos naturales a fluidos sobrenaturales—, pero siempre están relacionados con algún aspecto del total cultural, o al menos, son explicables en función de aspectos importantes para la comunidad. Aquí el lino es un cultivo menor y casi privativo de las familias, muy pocas en verdad, con alguna superioridad económica respecto de las otras.

Así, si los primitivos no fueron sino recolectores, o pescadores a lo sumo, el mito sería importado, es decir, aportado por un pueblo de mucho mayor desarrollo y ya conocedor de la agricultura —dado los problemas propuestos por el cultivo del lino y su aprovechamiento o industrialización debe suponerse una amplia experiencia en cultivos agrícolas— este mito no habría dejado más señales de su dominio, lo cual parece muy difícil sino imposible, si no nos atrevemos a suponer un núcleo autóctono capaz de absorberlo o asimilarlo, reelaborando sus símbolos, además.

La función asignada a la Pincoya fue vital; los conchales prueban la dependencia de la vida primi-

tiva de los moluscos confiados a su cuidado. Suponiendo la existencia y acción del mito en aquella edad. Aun hoy, hasta hace pocos años con mayor rigor, la alimentación depende de los mariscos y de su abundancia o escasez se podrá o no satisfacer la necesidad de proteínas. Cuando llega el "verano", sinónimo de escasez entre nosotros, los mariscos vienen a ser el artículo básico del régimen alimenticio.

En las recetas de la farmacopea mágica o mítica, en conexión con el vestido de la Pincoya, debe indicarse que se propone a la lamilla como un maravilloso remedio para las quemaduras. Basta, se dice, *cubrir* prolijamente la parte afectada con lamilla fresca, dejándola como una venda hasta que se desprenda sola; por grave que fuese la quemadura, se afirma que esta curación evitaría incluso la formación de cicatriz.

Quizás baste indicar ahora una recurrencia, como en el caso del thrauco, de los elementos naturales incorporados a los atributos del ser mítico, con el fin de asignarles alguna significación al unirlos a aquél o a su función y aun a los posibles símbolos de la misma. Esta sería:

el *quilantal*, que le brinda habitación, la *lamilla* usada como vestuario, y el *lino* como semilla, utilizable como alimento.

Respecto al primer vegetal, se le considera, especialmente entre los habitantes de la región boscosa o interior de la Isla Grande, como seguro refugio en terremotos, temblores o cataclismos. Se sostiene que, dada la fuerte trabazón de sus múltiples raíces, el suelo no se abriría fuese cual fuese la fuerza del sismo. Para el segundo, dicha queda su importancia en los trabajos agrícolas o como portadora de moluscos hacia el interior de abras y estuarios. El tercero, mantendrá como interrogante su relación real con el medio y el ser mítico, en tanto que no sea posible describir todo el mundo sobrenatural de Chiloé o conocer los orígenes de sus primitivos habitantes.

Puestos a especular, tal vez el alga verde representó para los primitivos un escalón de tránsito entre lo inerte y los seres vivos, sin que se lograra observar su peculiar manera de reproducirse, asunto atribuible a factores mágicos o místicos, lo que se expresa al otorgarle la calidad de atributo diferenciador del ser mítico, cuya función era, aceptándose por todos hasta hoy día, multiplicar peces y moluscos, vitales para la existencia del núcleo social, el clan o la tribu.

Como referencia a los procesos de variación en la esfera de lo mítico —y por la simbolización asignada a la Pincoya entre los grupos de alto status en las áreas urbanas— puede recordarse la curiosa evolu-

ción de las sirenas primitivas. Fueron, inicialmente, aves con cabeza, pecho y brazos de mujer, reapareciendo más tarde transformadas en seres marinos mitad mujer y mitad pez. El origen de tal metamorfosis podría explicarse, en el antropomorfismo de la mitología griega, por la necesidad de aliviar la soledad de los tritones, mitad hombres, mitad peces. Referente a la exuberante cantidad de sirenas de este tipo amén de la existencia del manatí, en las crónicas sobre América, habría necesidad de recordar los escritos de Plinio, quien —si la memoria no me engaña— relata en ellos la pesca de un hombre-pez en la antigüedad, cerca de Cádiz. La preocupación de aventureros, viajeros y exploradores en cierne por obtener información sobre las regiones descubiertas por Colón, la influencia itálica a través de Vespuccio, pudieron aportar este preconcepto sobre nuestro continente y llevar a tales exploradores a ver en sus mares, como realidad, la recopilación de un mito. La desnudez de los naturales y algunas de sus costumbres tradicionales en torno al mar, pueden haber acentuado las posibilidades de observar a las sirenas como seres reales.

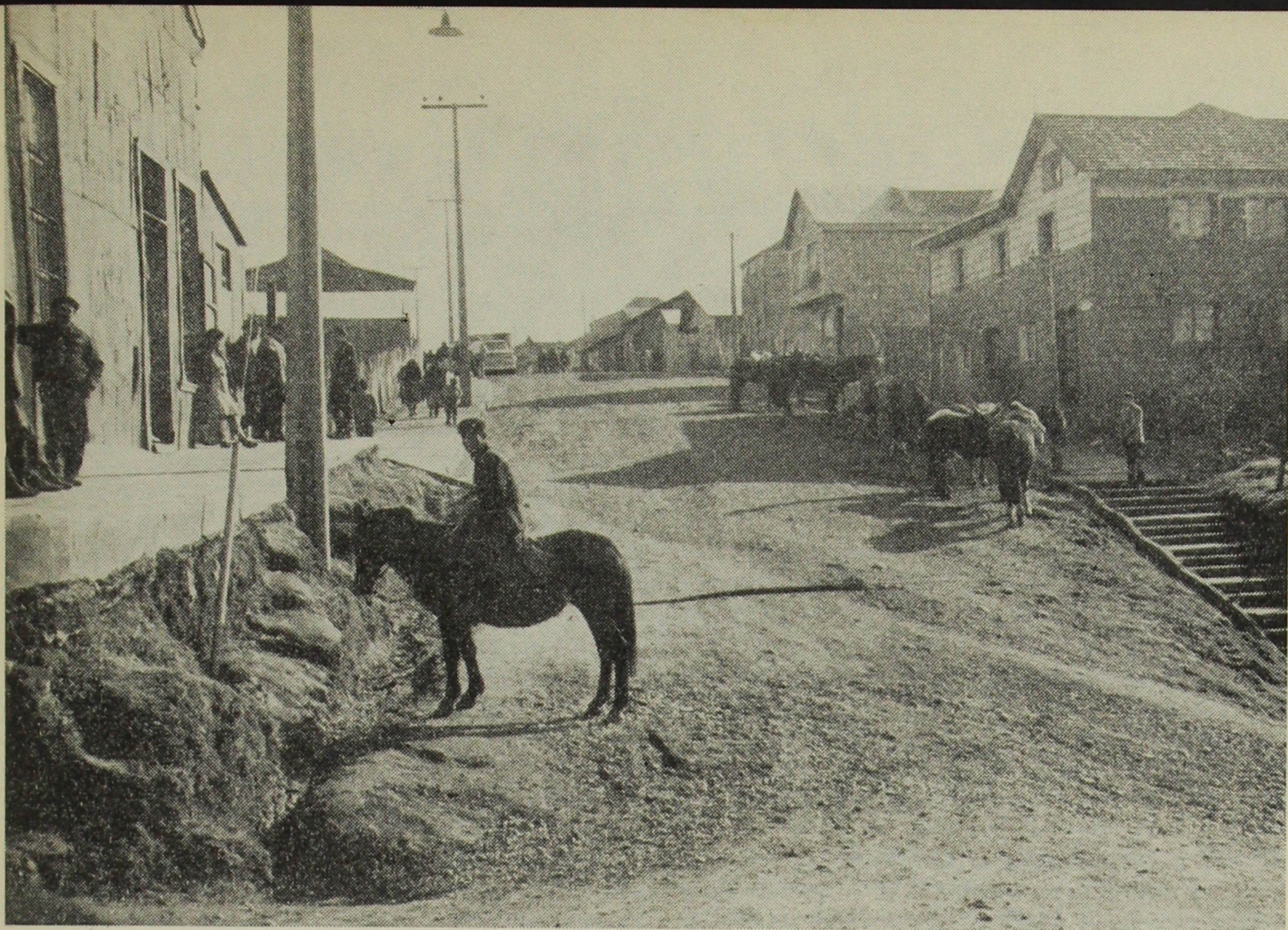
Respecto a nuestra Pincoya, importa aquí insistir en que sólo su supuesto poder sobre los seres marítimos podría llevar a tan aventurada simbolización —pez mujer— pues nada tiene semejante con las sirenas.

Una confusión actual en torno a dos seres míticos

Otro ser mítico femenino, contrapartida de la Pincoya, es la *Fiura*. Horrorosa mujer más bien alta de estatura, desgreñada, amplia boca y largos dientes, pelo cerdoso, ojos redondos, uñas tan largas como garras, piernas torcidas o "chuecas", la cual codicia y daña a niños y jóvenes.

Su acción es terrible y, las más de las veces, fatal. Va desde "consumir a un cristiano" hasta "sacarle el juicio". Causa, asimismo, la debilidad de los adolescentes, cuando éstos se "ponen ma'antos" o "magantos" y cierto tipo de diviesos infantiles²¹. ¿Es negra, es blanca? ¿Viste alguna suerte de traje o no? ¿Cuál es su alimentación? Los relatos recopilados no establecen detalle alguno, se tornan difusos y no resulta excepcional encontrar en ellos confusiones con otros seres míticos y fabulosos, en especial con el Thrauco, pues se llega a decir en algunos núcleos de población —como quedara anotado— "la chauca" por la *Fiura*.

Podría referirse a una actitud erótica subconsciente esta confusión, pues no parece sensato entender una ambivalencia del ser mítico. A título de elemento de juicio recordamos que el Thrauco asume la calidad



Calle de Chonchi. (Foto de G. Arroyo)

de espíritu; aun cuando para la mentalidad primitiva, no consecuente con los modos del razonamiento discursivo, aï poseer una doncella no llega a mantener constantes estas relaciones (no hay hijos del Thrauco, aun cuando ello se ha propuesto como solución a situaciones conflictivas, para la exportación²²) sin perjuicio de establecer materialmente su acción, dejando manchas y moretones en la afectada, la Fiura mantiene la constante de su esquilmamiento, por llamar así su función específica en la esfera de la credulidad general, hasta la muerte del afectado. Taï confusión podría ser índice de estados subconscientes de valoración de la creencia, originados en el misticismo individual y anexados al ser mítico sin mediar ritual alguno. Pienso en la universalidad de las tradiciones y sortilegios en torno a la fertilización de los suelos y los cultivos, fertilidad dependiente en eilas de la actividad sexual de los cultivadores y reducida, en nuestro archipiélago, al simbólico frotar de "las piedras capucas"²³ o, expresando una suerte de fórmula conciliadora entre la tendencia primaria y las imposiciones socioambientales impuestas por una nueva cultura en vías de aceptación, en los juegos de prendas, como "el corre el anillo", posteriores a cosecha y trilla.

Cuando los meticulosos conocedores de las fábulas y de las tradiciones —y de los mitos, naturalmente— con las cuales se explican, justifican o demandan

fenómenos, hechos, situaciones o ayuda propiciatoria, se permiten emplear una denominación por otra, siendo la empleada el femenino de un vocablo rígidamente tabú, se deben tratar de determinar o de explicar las razones o impulsos que a ello los lleva. Así, existiendo la Fiura como realidad mítica, con forma, atributos y función determinados —aun cuando hasta este momento no se disponga de un "perfil" estimable como "media" de las narraciones recopiladas— no deberían encontrarse expresiones como: *...son lo mismo no más, maestro...* o *...la misma cosa no más, dis'que son*. Estas evasivas motivan la curiosidad por saber cómo explicarlas, pues la denominación de fiura en la vida doméstica diaria no se estima tabú, ni mucho menos. ¿Efectivamente son un mismo ente mítico Thrauco y Fiura? ¿O ambos están dando origen a un nuevo ser, mixto esta vez? ¿O uno de ambos se ha incorporado al acervo cultural recientemente?

Conocedor de la tensión existente, a nivel social, en la esfera de lo sexual, tensión originada al menos aparentemente por las nuevas normas para las relaciones hombre-mujer, normas en proceso de implantación total y ya propias en cuanto a sus expresiones externas en el área urbana, las cuales están en desacuerdo con las primitivas defendidas aún por algunos núcleos sociales de influencia²⁴, y consciente de la formación, que, por conocimiento directo de la

actividad sexual de los animales domésticos (los niños tienen la responsabilidad, en la comunidad rural, de fiscalizar los períodos de celo del ganado y de facilitar la fecundación de las hembras), de los conceptos de relación sexual en la vida infantil informan la concepción de este aspecto de la existencia en el subconsciente de los niños, pienso que la confusión —aparente o indicando ya una efectiva fusión de ambos entes míticos— entre la imagen Thrauco y la imagen Fiura expresaría la pugna por reubicar o mantener aspectos socioculturales autóctonos, ancestrales o de mayor antigüedad, en el patrón sociocultural en transformación. El primero de estos entes podría postularse como el ser mítico representativo de la relación divinidad-ser humano en la función vital de la procreación, mientras que el segundo concretaría la repulsa a la exageración o al abuso, o bien la sanción social que se trata de imponer para vedar, en alguna medida, una actividad exagerada a nivel personal de esta esfera vital. Quizás esto motive la confusión aparecida en las narraciones. Por otra parte, la acción socializadora de un mito, cuando se le asigna en su medio este carácter, actúa precisamente en el sentido de estimular o de coartar actividades individuales, apreciadas o rechazadas por la comunidad. Esto indica, además, que los mitos tienen realidad tanto en su estereotipada imagen o perfil de valencia general común al grupo, como en las formas, modos, sensaciones, que su descripción, transmisión o discusión provoca en los individuos que creen en ellos o en quienes aseguran no creer, pues usando aquélla el narrador proyecta las propias sensaciones hasta el auditorio, logrando una mayor o menor acción de acuerdo a su personal capacidad para hacer verosímil su proposición, posibilidad condicionada por la actitud subjetiva de predisposición o no de sus oyentes, respecto a lo que se les propone.

No podría entenderse la situación señalada (confusión Thrauco-Fiura) como si ambos entes "*representaran*" *intencionadamente* las dos corrientes actuantes en el medio, respecto a este cambio sociocultural. Tampoco parecen representar a diferentes patrones culturales, uno u otra, aun cuando simplificando los atributos externos de ambos puedan cotejarse, un poco arbitrariamente, con seres míticos muy diferentes de ambos, como "la viuda" —por aquello de los largos dientes y su codicia de juveniles individuos— o con el "trol" nórdico y su constante movilidad, la cual le torna invisible para el común de los mortales.

Por otra parte o desde otro ángulo, el hecho de suponer a la Fiura capacitada para "lanzar" el "mal", puede, asimismo, relacionarla con la bruje-

ría, pues nuestros brujos "flechan", "tiran mal" o "adre" (corrupción de aire (¿?)) o largan "su lancazo" o "llancazo"²⁵.

Ahora bien, si la monogamia fue el sistema aceptado por los naturales del Archipiélago²⁶, podríamos creer que la Fiura sólo es, a nivel social, un freno propuesto a las demasías juveniles masculinas en la relación sexual; una horrible simbolización de la mujer. Pero, alguna tradición habla de una indígena que actuaba como jefe a la llegada de los españoles —quienes no encontraron resistencia de ningún tipo— a la cual debe sumarse la importancia que asume en algunos grupos la madre, quien resuelve sobre una serie de problemas domésticos y aun de mayor proyección, imponiendo incluso su criterio sobre los hijos varones, cabe preguntarse: ¿podría postularse comprender a la Fiura como un rechazo simbólico al matriarcado o, igualmente, como una ficción para atacar la hegemonía femenina?

Los primitivos no desconocen los artilugios para acrecentar el placer en las relaciones sexuales. Bebedizos y encantamientos, Amén de accesorios como el "guesquel"²⁷ o deformaciones como las de las mujeres de algunas tribus de Africa, nos muestran la universalidad de tal afán²⁸. En las culturas más evolucionadas, la realidad de tal preocupación se expresaría en cultos simbólicos específicos, adminículos esquematizados o representativos incluso en las imágenes de dioses o de héroes deificados o míticos y, a nivel de grupo, en prácticas rituales²⁹. Y parece superfluo referirse a estas expresiones en las mitologías mejor estudiadas, por ser conocidas de sobra las acciones supuestas a los seres míticos clásicos. La Fiura y su capacidad de "consumir" a los seres humanos, su aparición —provocándolos— en sueños libidinosos más que eróticos, la inferencia subconsciente en los rituales de medicación³⁰ y la participación del núcleo familiar en el proceso para obtener el medicamento, parecen vestigios de un culto olvidado ya. Pero, si se escribe clan por núcleo familiar, las orgías religiosas vendrían a cobrar presencia en las playas en donde se azota al vegetal ya humanizado, y éste estaría reemplazando a las personas —excluidas por imposición externa, de hecho, a la estructura sociocultural, fuese por limitación natural determinada por la disminución de los individuos del clan, fuere por imperativo legal— excusándolas de una acción real, de igual modo como los azotes al paudén se convierten en una pantomima cuyo origen puede encontrarse en la necesidad categórica de burlar una prohibición expresa, acorde con la nueva realidad sociocultural, o simbolizar tal pantomima la acción correspondiente asignada a los participantes por el olvidado ritual.



Un lanchón en el puerto de Castro. El *lanchón* es también una forma de habitación. Durante los viajes de las islas y los canales hacia los puertos, los isleños desarrollan en ellos su vida en forma casi normal. Aquí, una mujer enciende fuego en su interior para preparar comida

No trato de asignar lo erótico a un ser mítico en particular; esta faceta del existir puede subyacer en el peinarse de la Pincoya, reclinada sobre su compañero, o simbolizarse en el hacha de piedra del Thrauco, actuando siempre, por otra parte y en menor o mayor medida, en la creación de los mitos. Pero sí, a mi juicio, la horrorosa personificación de "la hembra" propuesta en la Fiura y convertible en la del "macho" al confundir sus atributos con los del Thrauco, propuesta en función de distanciamiento, sanción o rechazo, no armoniza con otras imágenes míticas, como la Pincoya y el propio Thrauco por ejemplo, estructura las interrelaciones Fiura-Persona dependiendo, fundamentalmente, de lo erótico y de sus expresiones socioculturales. Esto puede estar indicando un origen geocultural diverso para este ser mítico, explicando ello su actual vigencia y la confusión que a su respecto parece existir.

Atendiendo a expresiones de nuestro hablar, referidas a la Fiura, puede asegurarse que su nombre no es tabú, al menos entre blancos y mestizos. A diario, medio en serio, medio en broma, se reprende a un hijo juguetón o porfiado con un: "¡Ah! Chico fiura..."; o se agrava una discusión con el dolorosamente insultante: "Cállate fiura...", indicando un soberbio desprecio junto con establecer la fealdad externa del insultado, generalmente insultada, y aun alguna secreta perversión. Se usa también corrientemente para calificar a personas de las cuales tenemos una desfavorable opinión, explicando con el

epíteto su actitud cuando un amigo nos cuenta de la mala fe o de las preocupaciones, supuestas o reales, originadas por los torcidos propósitos de tal individuo. Por ejemplo: "Capacito... de fiura que es...", equivaliendo el primer término a muy posible o cuasi seguro, dado el calificativo. O, evitando comprometerse demasiado, se dice: "¡Vean! Cómo es de fiura el hombre (o la mujer) ¿no?", evitando el ¡Vean! la interjección tradicional "¡Catay, catay..." o "Catay velo ve...!" por la sonrisa burlesca que su uso provoca, mientras el "¿no?" supera una simple negación, para convertirse en una afirmación que interroga por mayores detalles en prueba de la maldad del comentado. Así, esta denominación se usa, con igual naturalidad, ante los extraños al medio, en oposición a la actitud mantenida, ante ellos, al hablar de otros seres míticos.

Respecto a la alimentación de la Fiura, podría pensarse que se la estima capacitada para subsistir con "el aliento", esto es el álito vital, de quienes daña. No "chupa la sangre", como se supone hacen la lagartija o el basilisco, al apropiarse del aliento de los dañados, sino que se apropia de aquella fuerza por la cual los seres humanos son tales. Este concepto origina la asociación del "mal de Fiura" con la tuberculosis, a título descriptivo, al calificarse de "maganto" al aspecto externo de los enfermos de este mal. En ningún caso significa que la enfermedad sobrenatural termina por convertirse en tuberculosis³¹, pues el "daño" de la Fiura se cura,

estrictamente, de acuerdo a las prácticas descritas, aceptándose en cambio la intervención de "machis" y "conocedores" en las fases iniciales de la T.B.C. Al evolucionar la enfermedad, se termina por aceptar cuanto entendemos por control médico —hospitalización, inyecciones, etc.—, pero, apenas se deja el hospital, ocho de cada diez enfermos agregan a la prescripción médica "remedios de campo". Dicho de otra manera, los pobladores de Apeche, y no es aventurado decir de Chiloé, diferencian ambas enfermedades de acuerdo a creencias y conceptos para clasificarlas características a su status cultural. Una, "el daño", para ser tratado con remedios míticos o mágicos, sin intervención de machis, brujos, ni médicos, sino obtenidos en ceremonia familiar. Otra, la T.B.C. para los doctores como tales, sean estos médicos o machis.

Importa indicar que, por no aceptarse las defunciones por causas normales o naturales, explicándose por actividades brujeriles en la mayoría de los casos y aun ante accidentes indiscutibles como tales y claramente no misteriosos, todo fallecimiento se postula ocasionado intencionalmente y empleándose para lograrlo poderes o fuerzas "ocultas". Unas veces se las refiere a los brujos y su arte; otra, a la acción de los seres míticos. Así, los miembros de aquella cofradía parecen mantener, a nivel personal, una permanente competencia, para probar su capacidad, causando y evitando el "daño". En las tradiciones de los selknam, en el interior de la Isla Grande de Tierra del Fuego, se cuentan las luchas entre éste o aquél, recurriéndose en el curso de ellas a transformaciones míticas de los contendores, figurando la posición de uno y otro referida a los intereses de la tribu. Entre ellos, además, digamos como leyenda tradicional, deben indicarse dos en las cuales lo femenino tiene acción sociocultural. Una, es aquella que habla como las mujeres, en plural, llegaron a conocer los secretos de los hombres y, liberadas de sus temores por este conocimiento, los dominaron creando nuevos "espíritus" junto con apropiarse de la vestimenta de otras creaciones de los varones. La otra, nos habla de una mujer poderosísima, gran luchadora, fuerte, dominante, que trata de exterminar a la especie humana luego de dominarla, y cómo fue vencida.

Dadas las posibilidades de intercambio cultural entre ambas regiones, proposición aceptable dada la existencia de dalcas en Chiloé, por ejemplo, no es sorprendente encontrar el origen de este mito, una vez comprendidas las transformaciones impuestas al concepto básico por el patrón cultural insular, en las creencias conservadas hasta hoy en Tierra del

Fuego. Las mujeres míticas de esa región habitaban, como la Fiura, los bosques, aun cuando hoy por hoy el habitar de este ente está muy lejos de ser restringido o circunscrito a áreas, ecológicamente hablando, semejantes entre sí. La Fiura no mostraría preferencia por sitios determinados según características de vegetación o formación geológica. Se la puede tropezar en playas, bosques, descampados o quebradas, y aun encontrarla por los caminos. Difiere en esto de los demás seres míticos de nuestra mitología, pues la relación entre cada uno de éstos y su habitar es constante. Aun el Thrauco, que deja sus bosques para rondar las viviendas, no vive en realidad fuera de aquéllos. Y aún hay más, pues los seres míticos expresados con formas de animal, como el Camahueto o el Cuchivilo por nombrar dos, no podrían ser imaginados fuera de su bien establecido territorio, como se verá a continuación.

(concluye en el próximo número)

NOTAS

¹1966.

²Evaristo Molina Herrera, en "Mitología Chilota", Archivos del Folklore Chileno, Fascículo 2, indica como significación de Pincoya la de *Princesa o Reina del Mar*, aduciendo para ello que este término tendría origen quichua; sin embargo, este término no figura en el *Diccionario Kechua-Español*, de Jorge A. Lira, Instituto de Historia Lingüística y Folklore, Departamento de Investigaciones Regionales de la Universidad Nacional de Tucumán (Universidad Nacional de Tucumán, publicación N° 169), ni tampoco en el *Vocabulario de la Lengua General de todo el Perú llamada Lengua Quichua o del Inca*, de Diego González Holguín, Edición del Instituto de Historia, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, publicaciones del 4º Centenario. Lima, 1952. El profesor checo Václav Solc, quien habla el aymará, desconoce, asimismo, la existencia del vocablo *Pincoya* en esa lengua.

³El doctor Quintana, aparte de exponer sus tallados en madera, dictó en Puerto Montt una conferencia sobre nuestros seres míticos. Ilustran la conservación —vigencia— de las tradiciones las opiniones recogidas de parte de diversos residentes en dicho puerto desde antiguo, las cuales suponen "creyente" al conferenciante, en la misma medida en que otras personas, en cuanto a la verdad material de los mitos descritos por él.

⁴El color azul sería: "un color favorito como apotropaico" (vale decir, capaz de espantar a los demonios y a otros entes dañosos semejantes). *Los cuentos más antiguos de la Humanidad*, Theodore H. Gaster, Traducción de Hernán Rodríguez. Lib. Hachette, S. A., 1956, pág. 167 y notas. En nuestra realidad mítica parecería indicar una relación con la magia.

⁵La analogía entre *chamán* y *chaumán*, salta a la vista. Cabe agregar que una tradición rusa señala al *yachamán* —una especie de lila— como un árbol de significación mítica, asociada a la resurrección. En un glosario —*Boletín de la U. de Ch.*, N° 64— se le define como: "Planta típica de Chiloé. Tiene propiedades narcóticas".

⁶Denominación de mariscos, pescados y carnes, especialmente ya desecados. Las papas se denominan "comida", o mejor, "la comida". Así, "este año cosechamos la comida", significa haber cosechado papas suficientes para la mantención familiar durante un año.

⁷*Apiao* significaría "lugar donde se acaba la tierra", de *Apiimn* = acabarse, y *hue* = lugar de. En glosario etimológico de Pedro A. Valenzuela, en la "Revista Chilena de Historia y Geografía", Tomo x, 2º semestre, 1914, p. 179, N° 378.

⁸El material para su fabricación se obtendría, no de la isla *Apiao*, sino de la Isla Grande de Chiloé.

⁹Molina Herrera, obra citada, p. 65, señala y narra una visita del "Virrey de *Apiao* a *Queilen*". Sin perjuicio de considerar autóctona la denominación al cargo de jefe de la cueva del representante de la Revisoría, me parece posible la verosimilitud



Embarcadero de Castro. Las lanchas constituyen el único medio de transporte entre la Isla Grande y las islas y canales

del relato tradicional. Consultar "Chiloé y los chilotes", Cavada, Francisco. "Revista de Historia y Geografía de la U. de Ch".

¹⁰Dichas vasijas se embarcaban incluso en puertos como Chonchi, de activo comercio internacional en esos años. Respecto al lugar de origen del material para su confección, son interesantes las indicaciones de Ratzel, obra citada, p. 43.

¹¹Estos cérvidos prefieren las mesetas boscosas a las quebradas.

¹²Artilugio construido con madera, en el desaguadero de algún arroyo, y destinado a atrapar los peces que penetren en este cercado con la creciente; al cerrar "las trampas" o lugares de entrada previamente dispuestos, se coge a los peces atrapados durante la baja marea.

¹³Lugar de patrón desperdigado, en donde existe una antiquísima iglesia. Los pobladores del lugar tratan aún hoy de mantener el movimiento político social llamado "mapuchería". Respetan los naturales a un cacique, elegido en aquellos años, y se denominan a sí mismos *mapuches*.

¹⁴*Hualato*: Herramienta característica. *Mechay*: arbusto cuya corteza tiene la propiedad de teñir de amarillo.

¹⁵"El Chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis". Mircea Eliade. Ed. F. C. E., 1960, pp. 257 y ss. "Le chamanisme araucan". A. Métraux.

¹⁶En el archipiélago de Trobriand, los nativos son *dueños* de un "relato" en cierto tipo de narraciones. Cada cuento "pertenece" a un miembro determinado de la comunidad (B. Malinowski, "La función del mito en la vida", en "Estudios de psicología primitiva". Ed. Paidós, Buenos Aires, 1963).

¹⁷Byron, op. cit.

¹⁸Se cree que si se arranca de raíz un cabello y se arroja a una corriente de agua, éste vivirá y se convertirá en culebra.

¹⁹"Mitología insular". Op. cit.

²⁰El término *Pincoya*, se advierte nuevamente, no existiría en aymará ni en quichua.

²¹*Ponerse maganto*: enflaquecer y perder peso sin causa conocida. Por extensión se describe con igual término el aspecto de los tuberculosos avanzados.

²²Véase juicio existente en el Juzgado de Castro, estudiado por don Carlos Munizaga en "El trauco en Chiloé". Op. cit.

²³Se aceptaba la necesidad, de parte de los grupos de alto status, y la imprescindencia de parte de los otros, con vista a una cose-

cha remunerativa, de poseer y usar mediante la compra estas piedras capucas, distinguiendo en ellas un "par" —hembra y macho— que al ser frotadas mutuamente sobre los sembrados fecundarían el suelo.

²⁴Tal vez podría determinarse, al analizar este aspecto del problema, una de las causales de la rapidísima desaparición de los núcleos indígenas. A mayor abundamiento, hace cuarenta años se radicó en Pureo —y como éste pueden citarse otros ejemplos— el primer poblado mestizo, vivo hasta hoy, en el cual los apellidos actualmente son "castellanos", de tal manera que desde este punto de vista hoy no existen "naturales". Este fenómeno podría también originarse en la ruptura de los tabúes que norman los enlaces de los núcleos "naturales"; tabúes destinados tal vez a mantener las posibilidades efectivas de supervivencia de tales núcleos.

²⁵Las tribus del "Oeste de las Montañas Rocallosas, . . . y en la California septentrional" . . . relatan la existencia del "hombrecillo verde o enano verde", el cual hiere con dardos a sus enemigos (Mircea Eliade, "El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis", pp. 94-95. Ed. F. C. E., 1960), mientras que nuestros brujos pueden propiciar un maleficio igual, denominado por los términos indicados entre comillas en el texto acotado.

²⁶*Monografía histórica y geográfica del Archipiélago de Chiloé*. Jorge Schwarzenberg.

²⁷Anillo de fino tejido, de pelo, para uso masculino durante el coito, utilizado por los patagones.

²⁸Véase *Enciclopedia del conocimiento sexual*. Drs. A. Costler, A. Willy y otros. Ed. Claridad, 1957, pp. 302 y ss.

²⁹Véase *El sexo en la religión*. R. Briffault. Ed. Partenón, 1952.

³⁰Al paudén se "le hace mear a guascazos", extendido sistema éste de la flagelación para la obtención de autosatisfacción erótica o para acrecentarla o bien para dar cauce a perversiones eróticas, conservado en prácticas religiosas actuales, disciplinas y cilicios, que a título de "mandas" o méritos aparecen en público con ocasión de festividades o que son parte de "ejercicios espirituales" en la soledad de los claustros.

³¹Se observa actualmente un alarmante aumento de la T. B. C., especialmente entre "naturales" adultos y menores mestizos.

N. DE LA R.: Las notas que aparecen en esta II parte del artículo que reproducimos, deben ser complementadas para su comprensión con las que acompañan a la primera parte del mismo, publicada en el número anterior del Boletín.